

IRIS



COQUETERIA

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA



DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
ESPAÑA Y PORTUGAL

Un trimestre...	3'50 ptas.
Un semestre...	6'25 »
Un año...	12 »

La suscripción
es por trimestres, cuando menos y el pago por
adelantado en sellos de correo, libranzas
ó letras de fácil cobro.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EXTRANJERO

Un semestre...	10 ptas.
Un año...	18 »
AMÉRICA	
Un año...	25 ptas.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS + 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE, ATRASADO 35

AL PÚBLICO

Animados por el más legítimo entusiasmo y confiados en que vamos á contribuir con nuestro grano de arena al progreso de la cultura nacional, tomamos puesto entre la dignísima prensa ilustrada española después de un largo período de preparación, durante el cual no hemos reparado en sacrificios de ninguna clase para allegar todos los elementos necesarios á la realización de nuestro pensamiento.

Atentos á las corrientes dominantes en el gusto del público, en todo lo que tienen de bueno y de legítimo, á ellas nos proponemos acomodarnos, y aun diríamos que adelantarnos, dando un paso más en lo relativo á la naturaleza de la ilustración, que será principalmente en color y según los más perfectos adelantos alcanzados en la difícilísima empresa de reproducir fiel y acertadamente los originales pictóricos. De la pulcritud y esmero absolutamente dentro de la más sana moral, proscribiendo de sus páginas cuanto pudiera ofender en lo más mínimo la susceptibilidad más delicada; cuidará asimismo de informar á sus lectores, con la pluma y el lápiz, de cuantos sucesos dignos de saberse ocurran en la nación ó fuera de ella; procurará al mismo tiempo que la amenidad de momento esparcir algunas ideas, en forma oportuna y dentro de los géneros literarios más en favor, y, por fin, presidirá en ella el criterio más amplio é independiente, sin sujeción de ninguna especie á escuelas, partidos, tendencias ó bandos; todo menos ser exclusivista.

Indicados nuestros propósitos, sólo nos resta enviar nuestro más cordial saludo á la prensa, que encontrará siempre en nosotros el más sincero compañerismo, y someternos al fallo del público, cuyo apoyo agradeceremos más aun por lo que significará en favor de nuestros esfuerzos en bien de la cultura general que por su misma necesaria cooperación para salir adelante en nuestro empeño.

de nuestro procedimiento puede formarse idea por el presente número, por más que lógicamente, haya de mejorar de continuo á medida que la experiencia vaya aportando nuevas y provechosas modificaciones.

Contamos para la parte ilustrativa con la colaboración de no pocos artistas y para la parte literaria con la de muchos escritores que figuran respectivamente entre los primeros, más distinguidos y más brillantes de España, y con decir que trataremos por nuestra parte de que las condiciones materiales en que aparezcan sus trabajos estén á la altura de los mismos queda dicho lo que nos desvelaremos para conseguirlo.

Iris, nombre que responde al carácter colorista de la publicación, pretenderá ser expresión del movimiento artístico y literario de España dentro de la mayor amenidad, pero también





GÉMINIS

Aquella noche, como tantas otras en que se encontraron en el mismo sitio, Juanón dijo:

—Preciso es que acabemos...

Felipito se reía:

—Vete: déjame, brutazo, jastialote... No se ha hecho la miel...

Otras veces, Juanón poníase rojo de ira, mordíase los puños y se alejaba mascullando injurias y maldiciones; pero aquella noche, pálido, con el rostro demudado y los brazos cruzados sobre el pecho, insistía:

—No lo verá el sol de mañana... O tú ó yo... Acabemos.

Juanón era alto, fornido, morenote y recio. Los mozos del pueblo,—de aquel blanco pueblecito asentado en una estribación de la sierra,—temían la pujanza de sus brazos, y en todo el contorno tenía fama de bravío y pendenciero; su faca era la primera en salir del cinto, y, como la gloriosa espada del castellano legendario, no había vuelto nunca á su vaina sin honra.

Sólo Felipito se atrevía á reirse de Juanón. Felipito era menudo de cuerpo, delgaducho y ágil. Su rostro aniñado y de color enfermizo; sus manos y su voz afeminadas; su carácter alegre y bullicioso; su ingenio fácil y dichazarero y, sobre todo, el pedazo de monte que de sus padres heredara, le hacían el niño mimado del pueblo, necesario en toda fiesta y reunión, porque hasta los duelos y los velatorios los alegraba con su cháchara y sus piruetas.

Su debilidad era su escudo. Cuando iba á la escuela zurrábanle los demás chicos de lo lindo, hasta un día en que Juanón,—cuya nobleza de corazón se verá al final de este relato,—le amparó con sus puños, y llamó cobardones á los que le agredían, sin que uno solo osara responderle.

Desde entonces Juanón y Felipito fueron un solo cuerpo y un solo espíritu. Juanón gruñía y obraba, acometía y se defendía por ambos y Felipito hablaba por los dos; inventaba tretas y diabluras y acometía y se defendía de los demás chicos mientras las cosas no pasaban de la agilidad de la lengua á la agilidad de las manos.

Muchas veces, haciendo novillos en el monte, cansábase Felipito, y entonces Juanón se lo montaba á cuestas, y gozaba llevándole á la carrera por peligrosos riscos y vericuetos y amenazándole con arrojarle al fondo de un precipicio. Felipito le mordía en el ancho cuello y le arreaba, imitando graciosamente el lenguaje de los arrieros. Juanón gruñía y sus ojos se iluminaban por una explosión de suprema felicidad.

Pasaron así los años y nada pudo durante ellos romper la trabazón extraña de aquella amistad.

Todos sabían que tocar á Felipito era provocar á Juanón, y aquél vivía dueño enteramente de sí, como si en sus músculos esmirriados y en su corazón timorato residieran la fuerza y la bravura de su amigo. Juanón, á la vez, sentíase más bruto cuando estaba separado de Felipito; las ideas se le enmarañaban en el cerebro y las palabras no acertaban á salir de sus labios.

Para lo único que no necesitó Juanón ajena ayuda, fué para enamorarse y amar en un impetuoso desbordamiento de su potente naturaleza. Caminó de la ermita encontró, al fin, un día sola á Mariucha, y poseído de un arrebató semejante al que le acometía cuando alguno le incitaba á luchar, llegóse hasta ella y le dijo:

—Mírame á los ojos... Mírame y sabe que me muero si me desprecias...

La garrida moza, de alto pecho y anchas espaldas y caderas, quedóse mirándole asombrada y recelosa, y luego, poniéndole la mano en el hombro, le repuso:

—Despreciarte, no, Juanón. Sabía yo que no eras tan bruto como dicen. Si quieres quereme quíreme. Por mi parte, se hará lo que se pueda...

Y Juanón, alelado, con la boca entreabierto y los ojos radiantes, sintió una ignorada felicidad que le cosquilleaba en el pecho; una felicidad mayor, mucho mayor que la que le causaba la pesadumbre de Felipito montado en sus espaldas y sus mordiscos en el cogote.

Cuando Felipito lo supo se puso hecho una furia. Sin su ayuda, sin su permiso, sin su consejo Juanón había conquistado la más garrida moza del pueblo, y debía haber algo de sugestión en aquella única iniciativa de la vida del jastialote, porque hacía tiempo que á Felipito se le hacía la boca agua, contemplando la gallardía y frescura de aquella hermosa Mariucha, que parecía fabricada de puro mármol, sin veta ni quebradura, de mármol hecho carne sonrosada y ardiente.

Felipito empezó á rondar á Mariucha, á meterle por los ojos el pedazo de monte que de sus padres heredara y á la vez hacía más toseco y huraño á Juanón, diciéndole constantemente:



—Se burla de ti... Estás en ridículo...

Y todo el pueblo se mofó de aquel amorío, y Mariucha dejó de salir á la reja, donde Juanón la aguardaba para mirarla en silencio horas y horas, sin decir palabra, alelado el rostro por una expresión de estupidez, mientras que en su enorme pechazo se desencadenaba una verdadera tempestad de pasiones brutales, brutales como el rayo que en la sierra caía desmochando quejigos y rasgando piedras enormes.

Así las cosas, habiendo encontrado Juanón varias veces á Felipito en la reja de Mariucha, llegó aquella noche en que el brutazo, pálido, muy pálido, con los brazos cruzados sobre el pecho, repetía:

—No lo verá el sol de mañana... O tú ó yo...

Felipito no se asustó por ello. Ya domaría á la fiera.

—¿Qué quieres? ¿Que nos matemos?

—Sí... O tú ó yo,—gruñía.

—¡Bien, vamos! No creas que te tengo miedo.

—¡Vamos, pronto!... ¡Ahí, á la cruz de la ermita!

—No; ahí nos verían. Vamos lejos, lejos, á la sierra.

Juanón comenzó á andar y Felipito le seguía pensando que mientras más largo fuese el camino más tiempo tendría de amansarle. Juanón se volvió una vez:

—¡Aquí!

—No, allá arriba: en la cabaña.

Y siguieron andando. Comenzaba allí á ser el repecho muy violento y Felipito se fatigaba escalándolo.

—Juanón, no puedo; ayúdame, dame la mano.

Dióselo Juanón, y tiraba de Felipito sin esfuerzo alguno; pero el enclenque mozalvete se cansaba más, y, dejándose caer al suelo, exclamó:

—¡No puedo, Juanón, no puedo! ¡Llévame á cuestras!

Juanón no titubeó un momento. Volvióse de espaldas, inclinóse y agachóse, y cuando Felipito se acomodó bien sobre él, comenzó á subir la cuesta rápidamente.

—¿Te acuerdas?... ¡Bestiaza, jastialote, animalucho! ¿Te acuerdas cuando éramos chiquillos y faltábamos á la escuela y subíamos de este mismo modo este mismo repecho y yo te mordía en el cogote, diciéndote: «—¡Ríá, mayorala! ¡Ríá, coquinerla!»

Y Juanón se sonreía, gruñendo de gozo:

—Entonces me querías mucho y ahora me odias. ¡Que bestia eres, Juanón! ¿Qué te importa á ti la vida, si yo cuido de ti, si mi monte es tuyo, si no te faltará nunca pan que llevarte á la boca?... No te pares, hombre... ¡Ríá, coquinerla!

Y Juanón, que se había detenido, volvió á acelerar el paso.

—Así, así me gusta, horriquito mío. ¿Quién te ha dicho que te he quitado la novia? Es mentira eso. Ha sido ella, que me ha preferido, no por mi persona, sino por codicia, por la codicia del monte, por la esperanza de una vida regalona. Créeme, Juanón, no hay mujer que llegue á valer un quejigo ni una encina, y menos que nos matemos por ella, por una zaparrastrosa como Mariucha.

—No, Felipito, no,—rugió Juanón;—Mariucha es como el sol, es como la Virgen...

Llegaron á la explanada y Felipito echó pie á tierra, diciendo:

—¡Descansemos!

Allá en lo hondo, veíase la blanca silueta del pueblo, como una nubecilla que hubiera hecho su lecho de aquella oquedad de la sierra. Juanón vió el camino de la ermita, el lugar en que Mariucha había prometido quererle, y en un arrebato de ira zarandeó á Felipito, diciéndole:

—Levanta... O tú yo...

Felipito se quedó aterrado. No tuvo fuerzas ni para lanzar un grito, pidiendo socorro. Se levantó tambaleándose y por instinto de conservación, sin darse cuenta, sacó su bruñido cuchillo de monte, que aunque virgen de toda mancha, despertaba la envidia de todos los mozos del contorno.

—No me has traído á que luchemos,—dijo;—me has traído á asesinar-me...

Juanón protestó con un gruñido.

—Sí, Juanón; tú eres alto, eres fuerte, sabes tirar la faca... ¿Para qué quieres que luchemos? Mátame...

Juanón rugía.

—¡No, no! ¡Defiéndete!

—Es imposible. Hay un medio... un medio que usan los hombres honrados. Dame una puñalada de ventaja. ¿Qué te importa á ti éso, si puedes matarme de un puñetazo? Me dejas dar el primero y luego luchamos hasta que me mates...

—Empieza,—dijo Juanón.

—No me fío: tienes la faca en la mano.

Juanón dejó caer su arma al suelo, y entonces Felipito, el enclenque y esmirriado, con un salto de felino se abalanzó sobre Juanón y le hundió su cuchillo de monte en el pecho.

El jastialote cayó de rodillas en tierra y forcejeando con la muerte, intentando coger su faca y ponerse en pie, con el rostro demudado y los ojos ardientes de ira, se desplomó en el suelo, balbuceando:

—No ha sido una puñalada; toda mi vida te la he dado de ventaja...

DIONISIO PÉREZ





·José M. Tamburini· MAYO



J. Benavent: EN LA HUERTA DE VALENCIA

COSAS DEL DIA



Mayo es el mes de las flores, y el *mes-atrío* de las calabazas, y merece ser estudiado *bajo* ambos puntos de vista.

Como *Floreal* se registran en el *Juegos Florales*, con más ó menos espinas, y exposiciones de Bellas Artes, con más ó menos espinacas.

Como mes-atrío de las calabazas se observan indigestiones de libracos de texto, disminución de concurrencia á las Academias científicas y literarias de billar, y singulares *elipsis*, en cuya virtud se salta de junio á septiembre.

Económicamente considerado es un mes fatal, esperado con tanta impaciencia por sastres, modistas y sombrereros como terror por parte de las víctimas.

Hay importe de *hechuras* que á uno le dejan hecho una escuadra de Montojo ó de Cervera, esto es, deshecho, y cortes de pantalón que motivan verdaderos cortes de cuentas.

También habrá Cortes en la plazuela de este nombre; pero ésas no tienen importancia sino para los que desde dentro cortan el bacalao, entre chorro y chorro de elocuencia, y caramelos.

Este año, sin embargo, no habrá, al parecer, tanto jarabe de pico como otros, por falta de algunos de los principales discursistas, á quienes sin inconveniente se les podría suprimir la primera y última sílaba.

En cambio, habrá veinte Isaagues y catorce Amoses.

Isaagues y Amoses, por ser hijos los unos de personajes políticos parecidos á Abraham, en punto á descendencia directa, ó á Sagasta, en punto á sobrinería.

Así podrá contestarse que la *re-generación* está en las Cortes.

La política, por su parte, estará en el ministerio, y se compondrá de las dos segundas mitades de apellidos de los ministros de la Guerra y de Hacienda. Este, además, con la susodicha mitad, pondrá lo mismo al país.

Haremos *Marina*, de Camprodón, y no haremos Guerra, porque ya temos de sobras con *Guerrita*, la Sra. Guerrero y la señorita Guerreró.

El país, harto de Cámaras y camareros, pedirá cocinas; pero es fácil que nuestra Cámara de los Comunes en vez de votar cocinas vote jardines, en razón á su procedencia.

En cuanto llegue el 31 de mayo, se desmayarán algunos, al pensar en la que puede esperárseles.

No sería extraño que entre ésos hubiese alguien que tema se haga justicia de Mayo, como hay justicia de Enero, justicia de Marzo, etc., sobre cuestiones debotas.

Por raro contraste, mientras aquí nos disponemos á festejar á San Pascual Bailón, el general Brookes, sucesor de Blanco en Cuba, prohíbe allí el Danzon. No se puede demostrar más prácticamente la diferencia entre ambas razas.

Se celebrará el Centenario del gran D. Diego Velázquez de Silva y lo presidirá el Sr. Silvela.

Se pondrá de nuevo en escena lo más selecto del repertorio bufo de Arderius, y á alguien le arderá el pelo.

Durante este mes vamos á comenzar á fortificar las Baleares á prueba de balas, y las Canarias, á prueba de canarios... de los que dicen *yes*. Fortificaremos, además, las costas, sin reparar en coste, y dejaremos á Santa Pola, la vieja, como nueva.

Obsérvese que los periódicos se dedican á preconizar los canales de riego, una vez dé secano el himno de aquel nombre.

Progresan las órdenes mendicantes y se trata de abolir la mendicidad, cuando esta es precisamente la industria nacional por excelencia.

Anunciada la reunión de la decimaséptima *Asamblea* de las Cámaras paradisíacas de Zaragoza, se habla de la suspensión de *Gigantes y cabezudos* para que no se tome por una alusión á los congregados á orillas del ancho, hermoso y famoso río.

Mientras lo cual nos preparamos á regenerarnos á estilo de los de Lumpiaque á quienes les cogió el alba templando.

KECK

LA SORTIJA DE BODAS



A ceguedad es achaque de los maridos tontos y usted padece ese achaque. Su mujer le engaña... ¿Que con quién? ¡Con quien ha de ser, hombre de Dios! Con su amigote de usted, con Luis Almeyda. ¿Lo duda usted? Pues mírele al afortunado mozo la mano izquierda: en el dedo pequeño lleva siempre la sortija que usted dió á su esposa en señal de eterna alianza el día de la boda. En esa sortija,—vea usted si estoy bien enterado,—están grabadas la fecha de aquel acontecimiento feliz y las iniciales de usted y de su esposa intimamente enlazadas. ¡Intimamente! ¿Eh, qué tal? Tiene gracia ¿verdad? No puede usted figurarse lo que nos reimos cuando Luis nos enseñó la simbólica *alianza*. Dígame usted ahora si mi cuento no viene como anillo al dedo.»

Palabra por palabra y letra por letra, leyó Antonio Alvarez el infame anónimo. Varias veces arrugó con crispadas manos y otras tantas volvió á desplegar el papel para paladear sus envenenadas frases con el ensañamiento del que escarba su enconada herida. ¡Su amor escarnecido, su honra hecha girones en corrillos y mentideros, su felicidad en un punto acabada... todo el edificio de sus ilusiones reducido á escombros! Y á la traición de la mujer amada, depositaria de su honor, se unía la infamia del amigo querido, á quien él, el esposo ciego, había abierto las puertas de su hogar y prestado con generosa confianza protección y apoyo. ¡Oh los miserables! Y el ultrajado marido apretaba en la mano el villano anónimo como si fuese el mango de un puñal.

—No tendré piedad,—decía en voz alta, paseándose á grandes pasos por su despacho.—¡Los mataré!... Pero ¡si la muerte es poca venganza!... ¡Si la muerte no es más que el dolor de un instante! ~

De repente asomóse á sus ojos un relámpago de feroz alegría.

—¡Oh! Sí... ¡eso!... Deshonra por deshonra...

Merced á un poderoso esfuerzo de su voluntad consiguió Antonio borrar de su semblante hasta la más pequeña señal de la tormenta que rugía en su corazón.

Nunca estuvo tan amable con Matilde como aquel día.

—¡Qué hermoso es amarse siempre! Vivir juntos, compartir alegrías y penas, ser un alma en dos cuerpos... ¡Qué mayor felicidad!

Le hablaba con el tono insinuante de los primeros días de matrimonio, acariciándole las manos y mirándola fijamente á los ojos. Ella oía distraída á su marido, pensando quizás en otras palabras de amor.

—¿Te acuerdas,—prosiguió el esposo,—del día de nuestra boda, un alegre día de primavera? ¡Qué hermosa estabas!... Aquí fué, en este mismo salón; cogí tu mano y puse una sortija en uno de tus dedos.

Matilde se estremeció y miró con recelo á su marido.

—Un aro sencillo,—siguió diciendo Antonio;—pero que tenía para mí inapreciable valor. Como que lo había llevado mi madre hasta su último momento. En esa sortija, para mí sagrada, hice grabar las cifras de nuestros nombres y la fecha de nuestro enlace. Muerta mi madre tú eras la única depositaria de mis amores... Y mira, no veo el anillo en tu mano... Dime ¿dónde lo tienes?

Pálida como una muerta, Matilde oyó las palabras de su esposo; quiso contestar y la voz se le heló en la garganta.

—¿Dónde lo tienes?—insistió Antonio.

—No sé,—balbuceó la adúltera;—guardado con mis joyas.

—Búscalo, quiero verlo en tu mano.

—¿Para qué? ¿No te digo que está guardado, tan guardado, que quizá tardaría en encontrarlo?... Yo te prometo que mañana...

—No... Ha de ser ahora...

—¡Qué obstinación!—dijo Matilde, un tanto recobrada de su angustiosa sorpresa.

—Obstinación, terquedad, lo que tú quieras; pero necesito ver ahora mismo esa sortija... ¿Oyes? Lo exijo.

—Es el caso... Yo te explicaré... Nada he querido decirte por evitarte un disgusto...

—¡Oh! ¡La has perdido!... ¿Te la han robado?

—Sí. Sin duda me la han robado.

—¿Y no sospechas de nadie?

—No... no sé...

—Yo lo averiguaré, te juro que lo averiguaré y ¡ay del ladrón!...

*
*
*

En aquel momento un criado anunció á varios amigos de la casa, y entre ellos á Luis de Almeyda, guapo mozo, elegante y fátuo. Saludó á Matilde, pero la mirada de Antonio, fija en los ojos de su mujer, impidió que ésta pudiera hacer á su amante la más leve seña. Después estrechó con aparente efusión la mano del esposo engañado. En el dedo meñique, al lado de una sortija con un grueso diamante, llevaba el joven el anillo de la alianza. No había mentido el anónimo.

—Señores,—dijo Antonio,—dirigiéndose á los recién llegados, siento hacer á ustedes testigos de una escena que por fuerza ha de ser desagradable; pero confío en que ustedes me perdonarán.

Matilde apenas respiraba.

—¿Qué es ello?—preguntó uno de los amigos.

—Cuenta, cuenta,—dijo Luis,—ya sabes que tus asuntos me interesan como si fuesen míos.

—Pues verán ustedes: en esta casa se ha cometido un robo.

—¡Un robo!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gimió la adúltera cubriéndose el rostro con las manos.

—Se me ha robado,—continuó Antonio,—una joya que yo tenía en grande estimación, un anillo que fué primero de mi madre y después sortija de mi boda.

Luis de Almeyda hizo un movimiento instintivo para ocultar la mano en la abertura de la levita, pero Antonio sujetándole el brazo, dijo con calma:

—Este es el ladrón: en la mano tiene la joya robada.

—Mentira,—balbuceó el amante pugnando por desasirse,—eso es una calumnia cobarde.

—Fácil le sería,—añadió desdeñosamente Antonio,—desmentir lo calumnioso de mis palabras con sólo mostrar la mano.

—Lo que dice este hombre,—gritó con fuerza para disimular su turbación Almeyda,—es una infamia, de la cual me dará estrecha cuenta.

Antonio soltó una carcajada.

—Estrecha cuenta,—dijo.—¡Un lance!... Yo no me bato con un ratero.

Almeyda ciego de rabia y de vergüenza intentó lanzarse sobre su rival; pero sujeto por los contertulios, solamente pudo mostrar su furia en vanos insultos, que no cesaron hasta que los criados que habían acudido á los gritos le pusieron á empellones en la calle.



**

Excusado es decir el escándalo producido por la escena que acabamos de relatar. Los visitantes se apresuraron, no precisamente á felicitar á Antonio por su arranque, sino á despedirse de él para ir á esparcir por los cuatro vientos la inesperada nueva de haber quedado el guapo y elegante D. Luis de Almeyda convicto de robo de sortijas, y tanto fué así, que al presentarse poco después en el círculo el desgraciado Tenorio se le negaba la entrada y veía en la tablilla de avisos el acuerdo de su expulsión.

Así quedaba por siempre más mancillada su honra; un esposo ultrajado había tenido manera de ocasionarle un daño infinitamente mayor que el de arrancarle la vida. ¿Quién puede saber nunca hasta donde puede conducir el olvido del deber? ¿Quién puede señalar límites á las consecuencias de una mala acción?

Hé ahí al brillante don Luis de Almeyda, el tipo de la despreocupación elegante y del cinismo de buen tono reducido á la condición vergonzosa de un caballero de industria, de un aprovechadoti-mador de salones...



**

Cuando el matrimonio se quedó solo, Matilde se arrojó llorando á los pies de su marido.

—¡Perdón!—gritaba mojado con lágrimas las manos de Antonio.—¡Ten compasión de mí!

—¡Compasión! ¿La has tenido tú? ¿No has lanzado mi nombre al barro del arroyo? ¿No has deshecho mi felicidad, no has pisoteado mi honor y manchado mi hogar? No esperes piedad.

—Mátame: merezco la muerte.

—¡La muerte!... No... Saldrás de esta casa y para siempre. No has querido ser la honrada esposa de un hombre de bien... ve á ser la querida de un ladrón.

—¡Perdón... perdón, Antonio! ¿Nada podrá ablandar tu corazón de roca?... ¡De rodillas te imploro!...

—Todo será inútil... Sal de esta casa...

—¡No tienes entrañas!...

—¿Las has tenido tú?... Sal...

Por fin, se levantó Matilde. Poco después quedaba aquel hogar, tan feliz antes, señalado á la maledicencia, profanado por el deshonor.

ZEDA

LOS AUTORES Y SUS OBRAS



1 De la novela psicológica «Los millonarios, pintados por uno de ellos.»



2 Del tomo de poesías «Dudas amargas, desesperación y dolor.»



3 Del libro «Cantos de la primavera.»



4 De «Cascabeles y castañuelas» (coplas alegres).



5 Del drama «Sumido en la más honda desventura» y de los poemas «¡Fatalidad!» y «¡Triste cosa es la vida!»



6 De un razonado estudio médico titulado «La salud al alcance de todos.»

UN DRAMA EN CANTARES

Niña mi honra yo te dí,
con la vida y con el alma,
mujer todo mi caudal,
y tu á mí ¡solo palabras!

Me juraste ser mi esposo,
y por tormento mayor
hasta el altar me llevaste,
¡y allí dijiste que no!

Que me dejes, que me ofendas
tal vez lo llegue á olvidar;
pero que mires á otra
no lo puedo perdonar.

El colmo del padecer
se que no son tus desvíos,
pues que á otra ofreciste ayer
nombre y amor que son míos.

Como en la fuente el sediento
antes bebías mi llanto,
cual de lava de volcán,
hoy huyes de él con espanto

Anoche riendo decías
que no me puedes amar
porque no puedes partir
tu pecho por la mitad.

¿Que hablas de querer á dos
sólo un corazón teniendo?
Ni ella entero lo merece,
ni á mí me pagas con medio.

Ya sé que te casas pronto
pues son los contratos hoy,
¡bien dices que eres valiente
cuando miedo no te doy!

Para ir á unirse á la iglesia
ví á los dos pasar del brazo,
y aun más pálido que yo,
se puso al verme, el ingrato.

¡Qué terrible es el momento
en toda pena de amor,
cuando sólo la venganza
puede aplacar el dolor!

Ante el cura arrodillado,
cuando á otra le otorgó el sí,
con un acero afilado
su corazón dividí.

Más que agonizar de celos
prefiero morir de pena,
y que el ingrato ya solo
duerma en brazos de la tierra.

Aunque era justo el castigo
de partirle el corazón,
y hasta el juez me ha perdonado,
¡no me lo perdono yo!

Se calma todo tormento,
y se cierra toda herida;
la que hace el remordimiento
sólo es eterna en la vida.

La mujer tan sólo alcanza
cuando ama al hombre sin freno,
mientras vive el purgatorio,
y cuando muere el infierno.



PASTORA ECHEGARAY



DESPERTAR

Hájssa

¡POBRES NIÑOS!

Cuando llegan del invierno
los desapacibles días
y las noches tenebrosas
en que zumba el huracán,
la morada del magnate
arde en fiestas y alegrías,
y su mesa cubren flores
que placer y aroma dan.

Entretanto, muchos niños
melancólicos y hambrientos
por las plazas y las calles
del que cruza van en pos,
y á menudo con sonrisas
más amargas que lamentos
piden á las buenas almas
¡una limosna por Dios!

¡Piedad! Virtud que idolatro
y por celestial bendigo;
¡quien á tu culto pudiera
consagrar todo su ser!
Que hallan más gratos mis ojos
los harapos del mendigo,
que las espléndidas galas
del orgullo y del poder.

Por eso del sentimiento
nunca mi voz negué al coro,
y de toda noble empresa
ó partícipe ó cantor,
sobre las ruinas medito,
sobre los sepulcros lloro,
y son mis amigos fieles
la miseria y el dolor.

MANUEL DEL PALACIO





RIO NEGRO

Bajo la campana del hogar chisporroteaba un montón de sarmientos, y sus llamas iluminaban el semicírculo de cazadores, que, fatigados del monte, arrecidos por el cierzo, entretenían la noche invernal con narraciones de sus aventuras.

Llegó mi turno, y dije:

—Amigos, hay en vuestros relatos leyendas dramáticas, episodios sangrientos y hay escenas de amor; fieras heridas á bala y zagalillas heridas á flecha; mi cuento es el cuento del cazador perdido, que se halla con dos viejecitas en lo más denso del bosque.

Caía la tarde, una pieza hermosa marchaba engalgada; yo corría, corría, pisando chaparros y apartando tojos. La pieza se encava, aullan los perros y malgasto en la rebusca las últimas luces del día.

Por el bosque tenebroso intento en vano hallar la senda, seguido de los lebreles que jadean. El viento agita el ramaje, haciéndole balbucir quejas prolongadas y rumorosas; la soledad de la noche me rodea; pero veo una lucecilla que fulgura entre el espeso arbolado y hacia ella me encamino.

Es de una casucha rústica; toco la bocina, y dos viejecitas con candiles encendidos salen á mi encuentro.

Flacas de cuerpo, acecinadas de rostro, lucen majestad de noble estirpe, rastros de una juventud hermosa. Con dulce voz me invitan á seguir las, sus luces me guían tras la selva y me conducen al tendajo que de morada miserable sirve.

Allí pasé la noche, ¡noche fantástica!, llena de ensueños misteriosos, con pesadillas de magias y de encantamientos.

Apenas alboreaba el nuevo día, cuando salí acompañado de las damas antañonas que enveredarme ofrecieron. En silencio marchamos largo espacio, hasta dar en una barranca, con el cauce de un río... Amigos míos, ¡un río negro!

Sus aguas se deslizaban con ondulaciones pesa-





das, dejando en los ribazos espumas negras; la superficie mate, ni transparentaba el fondo, ni reflejaba el cielo: sigiloso y manso, entristece, en vez de alborozar las praderas; ni aun las espadañas nacen en sus riberas estériles.

—No te asombres, cazador perdido,—me dijeron las viejecitas,—que negro cual hoy le ves, nos le mandais desde allá arriba. En edades remotas fué cristalina su corriente: estos chopos secos, reverdecían todas las primaveras con la frescura del riego; brotaban flores en sus márgenes al beso tibio de las ondas y los pastores traían rebaños á beber en las orillas. ¡Era la edad de nuestra juventud risueña!

Corrieron los años, y las aguas del río se tornaron rojas. Los hombres guerreaban despedazándose allá lejos y la corriente pasaba tinta en sangre humana. Murieron árboles de tronco secular; los ganados no volvieron á beber en las riberas turbias y nosotras perdimos los encantos de nuestra juventud fecunda.

Corrieron los siglos, y las aguas del río se tornaron negras, negras como las veis, cazador perdido. La humanidad allá muy lejos, trabaja, trabaja con desasosiego y fiebre; ya no sacia sus hambres con el pan de la tierra, ahonda más y en su entraña busca el carbón para saciar la industria... ¡Laboreo que ennegrece el río, río negro que nos hizo caducas y viejas! Cuando sus aguas vuelvan á ser cristal del fondo y espejo del cielo, reverdecerá el bosque, brotarán flores, los ganados beberán en las orillas y nosotras gozaremos de nueva juventud, risueña y fecunda como la pasada.

—¿Quiénes sois?—pregunté á las encantadas y hospitalarias damas.

—La Tradición,
—dijo una.

—La Poesía,—
dijo otra.

F. ACEBAL



LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS

Habíase comido bien y bebido mejor; caracoles, chuletas, boquerones, pescadillas, pájaros fritos, todo remojado con tinto; no se *descorchó* después ningún *champagne*, pero las cañitas se vaciaban en las tragaderas como si cayeran en *el tonel de las Danaides*. Así dijo uno de los comensales, revistero de toros que había sido, en otro tiempo, en un periódico de por allá.

Había en torno de la mesa, la más larga del ventorró, ocho hombres y siete mujeres, iguales en hambre y sed, y en indumentaria, de estilo flamenco. El día era caluroso; en el camaranchó donde se celebraba la juerga se hubiera asfixiado un fakir. Resolvióse salir al *fresco* á echar unas pataítas.

Cada chaquetilla se agarró á un mantón de Manila; rasguearon las guitarras unos *tocaíres* con quienes se topó por casualidad, comparecieron algunas mujeres que habían ido á merendar y empezó la danza.

Los amarillos, rojos y blancos de los pañuelos y los manchones negros de las americanillas eran las únicas *notas de color* que hiriesen la pupila. No había alrededor de la venta, hasta donde alcanzaba la vista, ni árboles, ni yerbas, ni vegetación alguna; sólo el fondo oscuro de los rastrosos y el polvo blanco de la carretera.

El que se había quedado sin pareja se dirigió de repente á uno de los que la tenían; le requirió á que la soltara para cogerla él. Respondió el otro que no era *decente* querer armar bronca en aquellas *cir... cuns... tan... cias...*

Chillaron las mujeres; separaron á los contendientes; pero al regresar, restablecida ya, al parecer, la paz y concordia, se apartaron un trecho. Relucieron las navajas, se oyó un rugido, y el que no había bailado le dejó al otro en disposición de que le hicieran la autopsia, mientras por su parte juraba que había salvado á la sociedad de *un per... per... díó...*

RITSCH



REPITORIA

López decía de su yerno, sabio lingüista, que solía hablar muy poco:

—Es hombre de gran mérito; se calla en siete lenguas.

Sofía Gay estaba furiosa contra Viennet, que ponía en duda el talento de Lamartine, hasta que acabó por decir:

—Bueno: conste que usted quisiera que Lamartine fuese el último de los poetas; pero no hay manera, porque ese sitio está ocupado.

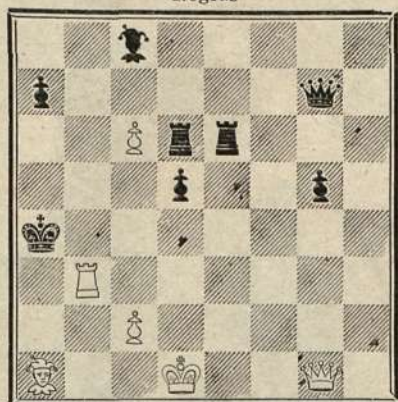
No hay nadie que no conozca á alguien de quien diga que *es el hombre más honrado del mundo* (sin hablar de sí mismo).

¡Y diremos luego que no hay honradez!

Problema de ajedrez núm. 1

POR C. M.

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en tres jugadas

Hay siglos en que la opinión pública es la peor de las opiniones.

FUGITIVAS

Entre las húmedas grietas de una fosa abandonada una mujer enlutada puso un ramo de violetas.

Y por causa misteriosa el ramo aquel perfumó perennemente la fosa en que la mujer piadosa llorando lo colocó.

¡Oh! Tú, la Melancolía que en horas de febril calma, como engarses en mi alma pusiste versos un día;

tú eres la mujer luctuosa, mis versos son las violetas, su perfume, paz dudosa, el alma mía la fosa, y mis recuerdos las grietas!

F. DÍAZ SILVEIRA

POR TODO MARRUECOS



POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Obra ilustrada con magníficos grabados, según fotografías ó dibujos del natural.—Un tomo en tela, 7'50 pesetas.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

